

IV

La desPreciada falta de argumentos

Una lectura de Después de lo trans*, de Elizabeth Duval (IV): "Disputaciones con Paul B. Preciado"*

Dr. Fabián Coitinho

1. Prenderse de la teta ajena

Esta es la cuarta entrega de una lectura, capítulo por capítulo, de *Después de lo trans* (2021), el libro en el que la escritora española Elizabeth Duval discute los fundamentos de la categoría trans en vez de blindarlos. Hasta acá le discutí casi todo. En este capítulo no voy a hacerlo: me prendo de la teta de Duval sin pudor, porque su blanco es Paul B. Preciado, y entre los dos no hay competencia posible.

Preciado, nacido en Burgos, radicado en París y autor del *Manifiesto contrasexual*, de *Testo yonqui* y de *Un apartamento en Urano*, es la figura más visible de la teoría queer en castellano. Duval se ganó su fama de hereje cuando dijo en una entrevista que hablar del "potencial emancipatorio del ano" sonaba muy revolucionario pero no permitía articular ninguna alternativa política, y que Preciado era "izquierda caviar":[1] alguien que escribe sobre las revueltas de Barcelona comiendo ostras en París. Tenía razón, y le sobraba. Preciado es el Che Guevara con Cartier. Propone en el *Manifiesto* la producción *in vitro* de un "ciber-clítoris" para implantar en distintas partes del cuerpo,[2] aconseja filosofar "no a golpe de martillo, sino de dildo",[3] y termina proclamando una "revolución del deseo" en una publicidad de Gucci.[4] Su contribución real a la vida de las personas homosexuales y trans tiene el impacto de poner un dispensador de tampones en el baño de hombres y declarar visibilizados a los hombres trans: hace ruido, genera indignación, sale en las revistas, y el mundo queda exactamente igual. Con una ironía que Preciado no ve: el tampón en el baño de hombres es la prueba de que existe un cuerpo que ninguna desidentificación puede declarar inexistente. Un culo abierto no derroca al capitalismo, por más bibliografía francesa que se le ponga alrededor.

Duval lo dice mejor que yo, con una nota sobre el eslogan "Abre tu culo y se abrirá tu mente": que algo haya sido reprimido no lo vuelve revolucionario.[5] Lo que sigue concede su demolición entera. Y después, cuando Duval termina y guarda el martillo, le pregunta por qué las ruinas de Preciado se parecen tanto a algunas habitaciones de su propia casa.

2. La demolición

Los argumentos de Duval contra Preciado son buenos, y vale la pena tenerlos a la vista. El *Manifiesto contrasexual* propone reemplazar el orden de la Naturaleza por un contrato en el que los cuerpos no se reconozcan como hombres o mujeres sino como "cuerpos parlantes", con acceso a todas las posiciones que la historia marcó como masculinas, femeninas o perversas. Duval responde que es una utopía sin mapa. La palabra performativa no construye la realidad que enuncia, no hay herramienta para salir del lenguaje del género, y un sujeto que pudiera ocupar todas las posiciones a la vez ya no sería un sujeto para nadie.[6] Contra *Testo yonqui*, que define a los sujetos por la sustancia que domina su metabolismo, Duval propone una reducción al absurdo: cuando faltaron en las farmacias los parches de estrógenos, mujeres trans operadas quedaron sin ninguna hormona y siguieron siendo quienes eran. La sustancia es un parche.[7] Contra el discurso ante los psicoanalistas lacanianos, donde Preciado anuncia que la diferencia sexual dará paso a otra cosa "probablemente en los próximos diez o veinte años", Duval responde que eso es fe en la caída inevitable del género, como la fe en la revolución: "Preciado es un teólogo".[8]

Y la tesis más fina: el tránsito de Preciado "no es una salida del sistema de la diferencia sexual, sino precisamente un movimiento dentro de los códigos lingüísticos del género".[9] Preciado no escapó del género; se cambió de orilla. Por eso Duval puede decirle, con su propia teoría en la mano, que hoy lo

leen como hombre y que eso tiene consecuencias. Cita el prólogo de Virginie Despentes a *Un apartamento en Urano*: desde la transición, las mujeres por la calle lo adoran, le dedican pequeñas atenciones, y cuando él dice que exagera, escribe Despentes, "eso me hace reír".[10] Duval remata: "Preciado, ahora tienes un pasaporte".[11] En los correos que publica como anexo, se lo dice de frente: "Si yo te percibiera de noche junto a un grupo de hombres, ¿crees acaso que no tendría el pensamiento de cambiar de acera?". Y cuando Preciado protesta que el suyo no es un cuerpo patriarcal, ella contesta que eso "no implica que no participe o se beneficie de dinámicas y estructuras patriarcales".[12]

Todo concedido. Preciado no puede abolir los efectos sociales del sexo declarándose cuerpo parlante. No puede salir del género con una desidentificación. La testosterona no fabrica la masculinidad. La transgresión no es una política por el solo hecho de transgredir. Duval tiene razón de punta a punta, y lo interesante empieza ahí, porque tiene razón por motivos que su propia teoría no puede pagar.

3. Lo que la mirada reparte

El argumento contra Preciado aplica la tesis del capítulo anterior de Duval: la mirada constituye el género, y a Preciado lo miran como hombre. Pero ese argumento demuestra algo más modesto de lo que ella cree, y conviene recordarlo antes de seguir. Para decir que Preciado recibe privilegio masculino no alcanza con mostrar que recibe cierto trato: hay que saber por qué ese trato se llama masculino. Y ahí vuelve la historia que la propia Duval contó en su segundo capítulo, la de una división del trabajo fundada en una diferencia entre los sexos, de la que salen la posición de los varones, sus privilegios y los rasgos por los que reconocemos a quienes suponemos varones. La mirada reparte las consecuencias sociales del sexo; no decide a quién pertenecen. Eso ya se dijo en la entrega anterior de esta lectura, y vale también acá. Lo nuevo de este capítulo está en otro lado: en el pasado de Preciado, que Duval declara invisible y no deja de mencionar.

4. Constitutivo en el ensayo, irrelevante en el correo

Preciado dice vivir "como-si-fuera-un-hombre" y no "siendo-un-hombre". Duval pregunta dónde reposa esa diferencia y responde que solo en "la memoria y el recuerdo o trauma" de un pasado distinto. Y la desactiva con una frase: "En la calle no hay recuerdo".[13] El cuerpo de Preciado se percibe en un "presente radical" que lo toma por hombre y olvida cualquier existencia anterior.

Muy bien. Pero un par de páginas después, la misma Duval escribe que Preciado atesora el recuerdo de la lesbofobia y la misoginia que sufrió, y que "todo eso ha construido a Preciado y todo eso es constitutivo".[14] El pasado es constitutivo. Y en los correos, cuando Preciado lo invoca para defenderse, Duval le contesta: "La lucha cotidiana o pasada no sirve necesariamente para analizar el funcionamiento en presente del sistema en relación con la posición que tú ocupas".[15] En el ensayo, la memoria constituye a Preciado; en el correo, no sirve para entender su posición. Depende de qué lado del ring esté parada Duval cuando escribe.

La frase "en la calle no hay recuerdo" es verdadera en un sentido muy limitado: el desconocido del metro no conoce la historia de quien tiene enfrente. De ahí no se sigue que esa historia no forme parte de la realidad social de esa persona. El que me cruza por la calle no sabe a qué me dedico, ni dónde me crié, ni qué me pasó a los quince años, y nada de eso deja de existir hasta que alguien se entera. Una persona que empezó su transición a los 44 años no tiene la biografía social de un varón al que leyeron

como varón desde la cuna, aunque hoy reciba parte del mismo trato. Confundir lo que el observador sabe con lo que el observado es vuelve a ser confundir el conocimiento con el ser, que es el error que esta lectura le viene señalando a Duval desde la primera entrega.

5. El braille de la piel

Lo más notable es que Duval sabe dónde está ese pasado. En el mismo párrafo donde explica que la calle olvida, escribe que el pasado de un individuo o de un cuerpo se conoce "en las relaciones íntimas", "en el sexo, en el tacto, en la lectura, en el braille que encontramos en la piel del otro".[16] La historia está escrita en el cuerpo, y se lee con las manos.

Esa frase hace más trabajo que capítulos enteros del libro. Duval no dice que el pasado desaparezca; dice que la mirada de un desconocido no llega hasta él, y que llega el tacto. Lo que la calle no ve, la cama lo encuentra. Es exactamente lo que le pasaba en el segundo capítulo a la lesbiana que descubría un pene donde el esquema había supuesto una vulva: la información sobre el cuerpo reorganizaba lo que la percepción había dado por hecho. Duval le concede al cuerpo, en una imagen de una belleza notable, la memoria que su teoría le niega. El cuerpo no es una superficie que cada mirada vuelve a escribir desde cero. Es un texto en relieve, con una historia que se puede leer si uno se acerca lo suficiente.

6. La amnesia de la fiscal

Y hay algo todavía más ácido. Duval le reprocha a Preciado que se aferre a su pasado. En el primer capítulo, cuando le tocó hablar del suyo, escribió que no podía contar su infancia porque había "olvidado todo lo que compone mi socialización en el género".[17] La autora que borra su propio pasado es la que le exige a Preciado que deje de recordar el suyo. Para él, el presente radical; para ella, la amnesia. Preciado quiere conservar su cuerpo de origen como memoria y como trinchera; Duval quiere disolverlo, el de él en la mirada ajena y el suyo en el olvido. Los dos tropiezan en el mismo lugar, y el tropiezo tiene la misma forma: tratar el cuerpo de origen como algo que se administra con el relato, conservándolo o borrándolo según convenga.

7. "Excepto si saben"

El que le da a Duval la mejor objeción es Preciado, sin quererlo, en los correos. Escribe: "Es cierto que en la calle ya no me molestan los tíos; excepto si saben que soy trans".[18] La segunda mitad de la frase vale oro. Hay dos escenas. En la primera, un hombre mira a Preciado y cree ver a otro hombre, y lo deja en paz. En la segunda, el mismo hombre se entera de que Preciado transicionó, y el trato cambia. El cuerpo visible es el mismo en las dos escenas. Lo que cambió es la información sobre la historia de ese cuerpo.

El presente radical no alcanza, entonces, ni siquiera en la calle. La mirada trabaja con hipótesis sobre el cuerpo y su historia, y esas hipótesis se corrigen cuando llega un dato. Lo que Preciado sufre cuando saben es lo que Duval, en su segundo capítulo, llamó violencia correctiva, la que castiga a quien se desvió del guion. Su propia taxonomía describe lo que le pasa a Preciado, y esa violencia necesita, para dispararse, un dato sobre el cuerpo de origen. La mirada sola no alcanza ni para la violencia que Duval clasificó.

8. Tan vulnerable como cualquiera

En el primer correo, Preciado escribe: "Yo siempre seré trans. Siempre tendré el cuerpo trans que tengo y eso me vuelve tan vulnerable como cualquier persona trans".[19] Después del capítulo anterior de Duval, esa frase tendría que haber durado un segundo. Duval había mostrado que lo trans no forma un colectivo sociológico coherente, y había desarmado la cifra que circulaba en España según la cual el 80 % de las personas trans estaba condenado al paro, una cifra que salía de una muestra de 33 mujeres. "Tan vulnerable como cualquier persona trans" es prima hermana de esa cifra. Cristina Ortiz, la Veneno, que terminó en la prostitución y fue violada en la cárcel, Duval en su departamento de París, Preciado con su contrato de Gucci, un adolescente no binario y un hombre trans al que nadie distingue de cualquier otro no tienen la misma vulnerabilidad porque compartan una palabra. Las dos frases convierten una coalición heterogénea en una clase homogénea cuando conviene.

Duval no lo deja pasar del todo. En un correo le recuerda que no se pueden igualar sus violencias ni las de él con las de "una mujer trans de tránsito más tardío en relación con el trabajo sexual", y Preciado se repliega enseguida: "No estoy igualando violencias. Sería absurdo".[20] Pero el argumento central de Duval va por otro lado. Lo que la separa de Preciado, dice, es que la opresión de las mujeres trans no viene "exclusivamente por el hecho de ser cuerpo vulnerable en tanto que trans", sino de "misoginia".[21] Para pegarle a Preciado, Duval deja de lado la categoría trans y recurre a la división entre hombres y mujeres. Cuando tiene que explicar quién oprime a quién, la frontera que le sirve es la del sexo.

9. Las ruinas de la casa

La demolición de Preciado deja a la vista lo que esta lectura viene juntando desde el principio. En la primera entrega, Duval mostró que nadie elige su identidad, pero no que identificarse con una categoría baste para pertenecer a ella. En la segunda, explicó cómo la mirada distribuye el trato social, pero confundió ser reconocida con pertenecer. En la tercera, demostró que lo trans no tiene coherencia teórica, después de haber explicado su proliferación como si fuera un fenómeno único. En esta, tiene razón contra Preciado: nadie sale del cuerpo con un discurso. Y si la voluntad no decide el género, si la identificación no decide la categoría, si la mirada no decide la pertenencia, si la farmacia no decide el sexo y la desidentificación no saca a nadie de él, el cuerpo está haciendo cada vez más trabajo en el libro mientras Duval le sigue negando el lugar que ese trabajo exige.

Duval le demuestra a Preciado que no puede borrar con palabras el cuerpo que los otros ven. Lo que no admite es que tampoco se borra con olvido el cuerpo que los otros no ven: el que se lee en braille, el que aparece cuando saben, el que ella misma llama constitutivo cuando le conviene. Preciado lo guarda como reliquia y Duval lo tira al río, y los dos descubren que vuelve. Por eso las ruinas de Preciado se parecen tanto a las habitaciones de la casa de Duval: ella derribó la del vecino con una herramienta que también apuntaba a sus propios cimientos.

Notas

1. Elizabeth Duval, *Después de lo trans: sexo y género entre la izquierda y lo identitario*, La Caja Books, 2021 (edición digital, ISBN 978-84-17496-50-0), cap. 5, «Nadie sabe lo que puede un ano emancipador: disputaciones con Paul B. Preciado», donde reproduce su entrevista con Víctor Lenore en *Vozpópuli*. La edición digital no tiene paginación fija: cito por capítulo y apartado, y las notas al margen de la autora por su letra.

2. Paul B. Preciado, *Manifiesto contrasexual* (2000), Barcelona, Anagrama, 2011; citado en Duval, cap. 5, «Manifiesto contra el *Manifiesto contrasexual*».
3. Ibid.
4. Duval, cap. 5, «De la legitimidad de las zonas temporalmente autónomas en Urano».
5. Duval, nota [p] al cap. 5.
6. Duval, cap. 5, «Manifiesto contra el *Manifiesto contrasexual*».
7. Duval, cap. 5, «Clínica de desintoxicación testosterónica», sobre Paul B. Preciado, *Testo yonqui*, Madrid, Espasa, 2008.
8. Duval, cap. 5, «Diálogo entre monstruos parlantes», sobre Paul B. Preciado, *Yo soy el monstruo que os habla*, Barcelona, Anagrama, 2020.
9. Ibid.
10. Virginie Despentes, prefacio a Paul B. Preciado, *Un apartamento en Urano*, Barcelona, Anagrama, 2019; citado en Duval, cap. 5, «De la legitimidad de las zonas temporalmente autónomas en Urano».
11. Ibid.
12. Duval, cap. 5, «Correos con Paul B. Preciado», correos de Duval del 10 de noviembre de 2019 (02:39 y 02:55).
13. Duval, cap. 5, «De la legitimidad de las zonas temporalmente autónomas en Urano».
14. Ibid.
15. Duval, cap. 5, «Correos con Paul B. Preciado», correo de Duval del 10 de noviembre de 2019 (03:12).
16. Duval, cap. 5, «De la legitimidad de las zonas temporalmente autónomas en Urano».
17. Duval, cap. 1, «Breve historia de lo trans».
18. Duval, cap. 5, «Correos con Paul B. Preciado», correo de Preciado del 10 de noviembre de 2019 (02:50).
19. Ibid., correo de Preciado (02:29).
20. Ibid., correo de Duval (02:41) y de Preciado (02:55).
21. Ibid., correo de Duval (02:39).